

Chivos expiatorios

PEDRO JOSE MARTINEZ I. *

Estamos en época de purga, según algunos. Según otros, de caza de brujas. Se recuerda con insistencia a Watergate, para decir que Estados Unidos dio al mundo un lección de moralidad, o para decir, por el contrario, que Nixon fue usado como cortina de humo y mampara, en un sistema que continúa tan podrido como entonces, y aún más.

El Watergate a la venezolana, que ha dado ya algunos sabrosos capítulos, y promete partes futuras más suculentas todavía, está expuesto a las mismas observaciones. Hay quien cree que el auge del tema de la corrupción, y de las medidas en su contra, representa la gran posibilidad de revitalización para una democracia agónica. Hay quien cree, en cambio, que se trata de una de esas modas cuya única utilidad estriba en cambiar algo para que todo siga igual, y en generar unos cuantos chivos expiatorios que paguen por lo que es responsabilidad compartida en una sociedad de cómplices.

Sea cual fuere la verdad de este Watergate nuestro, lo cierto es que no hay tema tan digno de ser objeto de tratamiento teórico en la Venezuela actual. Hay que pensar en él, bien porque se trate de un tremendo problema real, bien porque se trate de un falso problema elevado artificiosamente a la categoría de núcleo y centro de la preocupación nacional. Para una u otra de las opciones, resulta útil reflexionar acerca de la condición de los chivos expiatorios. Esa curiosa especie de chivos tiene una unción bien conocida, aunque tal vez tenga otra menos visible, pero mucho más importante.

Para esta exploración de las funciones de los chivos expiatorios, puede ser interesante recordar los orígenes de la expresión. Se trata de una antigua práctica del pueblo hebreo, que era llevado a cabo todos los años, durante el Yom Kippur. Un chivo, escogido al azar, era simbólicamente cargado con las culpas de la comunidad y quemado en expiación de las mismas. Como puede advertirse sin dificultad, el animal sacrificado tenía la misión de satisfacer las exigencias de justicia: donde haya falta debe haber castigo. Pero además tenía

una misión adicional, la del lavado colectivo de conciencia. El sacrificio de un culpable simbólico nos convierte a todos, de manera mágica, en inocentes.

LA MAGIA DE WATERGATE

Esa transformación mágica es más profunda de lo que pudiera creerse a primera vista; determina cambios sorprendentes en la persona. El Watergate original, el de Nixon, ofrece datos fascinantes en esa dirección. La prensa, la literatura policial, el cine, la radio y la televisión, habían dado por sentado, a lo largo de décadas, que el juego político contemporáneo transcurre, en todos los países más o menos desarrollados, por canales de intriga y maniobra poco lícitas. El ciudadano norteamericano corriente estaba habituado a considerar la intervención de líneas telefónicas, los micrófonos ocultos, la invasión de la privacidad con fines de chantaje, y la violación de la correspondencia, como mecanismos comunes de la vida política cotidiana.

No solamente ocurría así con los norteamericanos, sino que en todos los países dependientes de su órbita cultural, como Venezuela, se daba el mismo clima psicológico y la misma conformidad. Sin embargo, de pronto Estados Unidos, y con él el resto del mundo, se ve sacudido por una ola de indignación y de asco. El Presidente, nada menos que el Presidente, practica el ventajismo electoral y el espionaje electrónico. Lo acosan, lo juzgan, lo humillan, lo aplastan y lo segregan de la sociedad como un leproso o un apestado.

Este es el punto en el cual el observador periférico que no esté totalmente imbecilizado por la manipulación de los medios de comunicación, tiene que percatarse de que algo no cuadra. ¿Acaso no forma parte ya del folklore estadounidense, desde el auge del FBI, de 1940 a 1960, que la siniestra Maffia controla todas las instancias del poder? ¿No se ha regodeado la opinión pública norteamericana con II Padrino, que muestra cómo el crimen organizado compra agentes de policía, organismos administrativos de vigilancia e inspección de las actividades lucrativas, funcionarios del fisco, jueces, parlamentarios, miembros del despacho ejecutivo y hasta presidentes? ¿Puede creerse, candorosa-

mente, que la masa del pueblo norteamericano jamás pensó que los procedimientos de Nixon eran empleados por Truman, Eisenhower, Kennedy o Johnson?

La explicación de tamañas incongruencias no puede encontrarse sino en la peculiar mecánica interna del sacrificio de chivos expiatorios. Si los Estados Unidos hubieran triunfado en Vietnam, y hubieran logrado mostrarse una vez más como el victorioso conquistador imperial, entonces las matanzas y las atrocidades hubieran sido honrosa ocasión de condecoraciones y discursos. Pero perdieron la guerra, y no cuando Nixon, sino desde el período presidencial de Johnson, momento en el cual comenzó a verse, con más o menos claridad, el retroceso norteamericano en todos los terrenos. Y conforme decaían en el plano político y militar, más agudos se hacían los remordimientos y las manifestaciones de un sentimiento de culpa.

Los tristemente célebres militares que masacraron una población vietnamita entera, en My Lai, fueron juzgados y condenados. Aquí hay que notar no sólo lo que acaba de ser dicho, según lo cual, si Estados Unidos gana la guerra, los responsables de las masacres hubieran recibido condecoraciones por ellas. Hay algo muchísimo más serio, y es que como la de My Lai hubo incontables matanzas, pero únicamente unos cuantos tontos pagan, para servir como escarmiento, como bondadosa capa de pintura ornamental, y como chivos expiatorios. ¡Qué malo es ese teniente que masacró a una multitud de hombres, mujeres y niños inocentes, en un remoto país asiático! ¡Qué buenitos somos todos los demás!

Y el chivo expiatorio de los chivos expiatorios fue Nixon, el corrupto. En realidad, parece fuera de toda duda la corrupción de Nixon. Lo que sí es más que dudoso es el alivio general de los Estados Unidos, cuando sacrificaron su chivito presidencial. El gran culpable, y el único corrupto, es el malvado ex-presidente. Ex-presidente de un lírico país constituido por inocentes, por cándidos incorruptos y por ingenuas almas angelicales.

Así pues, hay que tener en cuenta la doble función de los chivos expiatorios: hacer justicia y lavar conciencias. Y

* Investigador del Instituto de Estudios Políticos de la U.C.V.

hay que tener en cuenta, también, el interesante desarrollo de esas funciones en el curso de los acontecimientos de Watergate. Ahora puede echarse un vistazo a nuestro propio Watergate.

LA EXPIACION VENEZOLANA

Venezuela libra una guerra, que no tiene por escenario la jungla indochina, sino su propio territorio. La finalidad perseguida es tremendamente difícil de alcanzar, y no es otra que la de convertirse en un país, transformando esta caricatura del nación que es hoy día. Por lo tanto, el enemigo a vencer es la propia Venezuela, y en ese combate consigo misma, el recurso a utilizar es uno solo: el petróleo. De modo que la Venezuela derrochadora, insolente, brutal, explotadora, cretinizada, arrogante, cruel, ciega, ebria, nueva rica y colonizada, usa el dinero del petróleo contra la Venezuela todavía embrionaria, que lucha a su vez con lo único que cuenta el dinero del petróleo, para constituir a partir de todos esos vicios una nación armónicamente desarrollada, austera, con amplio bienestar social traducido en alimento, vivienda, trabajo, salud pública y educación para todos, con instituciones sociales y políticas efectivas, y con una manera de ser más equilibrada y más amable.

En esa guerra, uno de los objetivos tácticos más importantes es la conservación y consolidación de las instituciones formales de la democracia representativa. Existe un acuerdo más o menos general acerca de que hay en Venezuela una separación excesiva entre la casi nula práctica real de la vida democrática, y la exuberante proliferación de apariencias y exterioridades solemnes, rituales y burocráticas. Pero también hay acuerdo en la necesidad de preservar la cáscara formal, al menos. Si se pierden los canales electorales, partidistas, parlamentarios, etc., entonces se perderá hasta la mera posibilidad teórica de una cierta participación popular en el manejo de los asuntos públicos.

Sin embargo, desde 1958 para acá, el régimen económico, social y jurídico-político del país no ha conducido un solo momento de avance, y siempre ha estado, o en deterioro, o estancado. Naturalmente que ha habido desarrollos positivos en este o en aquel renglón, pero en conjunto, el balance global no ha dejado nunca de marcar en rojo. Esta situación, claro está, va resquebrajando hasta la apariencia de institucionalidad que tenemos.

Lo dicho explica el nerviosismo, rayano en la historia, que afecta a los



grandes líderes de los partidos y de la clase dirigente, que hace que sus decisiones, de unos tres o cuatro años hasta la fecha, parezcan manifestaciones de locura. Pero no; no es que "el Gurú" o "el Doctor" o Fedecámaras, se han vuelto chochos, o tontos. Nunca han sido tan geniales como lo quiso cierta mitología popular, ni tan locos como ahora parecen. Lo que pasa es que han sido, y son, índice del país que dirigen, y resulta que ya se acabó el viento de popa, y la travesía fácil. El barco entra en zona de tormenta. Todos los pasajeros, y la tripulación, nos estamos saliendo de nuestras casillas, y no es de extrañar, entonces, que los capitanes pierdan también los estribos.

En esas circunstancias, nada como una explosión moralista que dé salida a nuestros horrores internos y nuestros complejos de culpa. ¡Oh, qué espanto: este es un país corrupto! Fantástica observación. Así como los norteamericanos descubrieron que se instalaban micrófonos ocultos, así nosotros hemos descubierto la corrupción, la infeliz corrupción que ya estaba descubierta desde que, en 1830, este país apareció como entidad política verdaderamente autónoma, al menos en lo puramente constitucional.

Pero entiéndase bien lo que se quiere decir en estas páginas. Por supuesto que la corrupción existe, del mismo

modo que es cierto que Nixon mandó instalar los célebres micrófonos. Está muy bien que Nixon haya sido juzgado y separado del cargo, y que vayan a ser juzgados y eventualmente condenados los tres o cuatro peces gordos que han sido escogidos para este espectáculo de lavado colectivo de conciencia. Lo que está mal es que consista, simplemente, en eso, en un espectáculo, en un show tranquilizador.

PREGUNTAS ABIERTAS

Tal vez caigan el ex-gobernador corrupto, y los ex-ministros corruptos, y el ex-presidente corrupto. Tal vez no. Pero, en el caso de que caigan, ¿quiénes serán los encargados de echarlos abajo? ¿Los miembros incorruptos de los cogolitos omnipotentes de los partidos políticos? ¿Los funcionarios incorruptos de los organismos administrativos de control y fiscalización? ¿Las incorruptas instituciones investigadoras del enriquecimiento ilícito de funcionarios? ¿Los incorruptos magistrados judiciales?

Y a todas estas preguntas sin respuesta hay que agregar otra. Cuando se produzcan las sentencias definitivas, condenatorias o absolutorias, las bases que fundamentan las mismas, ¿serán los razonamientos y alegatos explícitamente manifestados, o más bien las líneas, menos presentables pero mucho más efectivas, de las influencias y de los intereses?

Acción Democrática y Copei han sido nefastos para el país, pero no por corruptos, en un sentido moralista barato y facilón. Lo han sido porque han constituido una Venezuela estructuralmente injusta, decadente, débil y enferma. La famosa corrupción no es más que un síntoma de ese deterioro general. Y ahora, cuando los ruidos del naufragio son patentes, las "reservas morales" de AD y Copei salen a relucir para hundir a unos cuantos ladrones de nota. Seguramente son ladrones. Desde luego. Pero también son, y sobre todo son, chivos expiatorios.